11404

GALERÍA DRAMÁTICA

DE

MANUEL P. DELGADO

COMPRENDE

LAS MEJORES OBRAS DE NUESTROS CLÁSICOS MODERNOS

OFICINAS

PASEO DE RECOLETOS, NUM. 10, PISO PRIMERO

MADRID

16

UN DESAFIO,

DRAMA EN TRES ACTOS

Y EN PROSA

erreglado al teatro español

POR

Don Mariano José de Larra.

SEGUNDA EDICION.

GALERIA DRAMATICA de Delgado hermanos

MADRID.

IMPRENTA DE REPULLÉS.

1840.

PERSONAS.

ISAREL HOWARD, *viuda del lord tesorero conde de Salisbury.*
ENRIQUE SIDNEY, *conde de Varwick.*
RICARDO, *duque de Besford.*
ROBERTO OVERBURY.
GUILLERMO DRYDEN, *favorito del lord canciller duque de Buckingham.*
CHESTER, *señor inglés.*
SALFORD, *id.*
BURKER, *id.*
WILLIAMS, *secretario del conde de Varwick.*
Un criado del duque de Besford.
Otro criado.
Un Ugier de la cámara del rey.
Un Gentil-hombre.
Señores y damas de la corte.
Criados del duque de Besford.
Soldados, arcabuceros.

El primer acto pasa en el palacio de Windsor, en Londres.

Este Drama, que pertenece á la Galería Dramática, es propiedad del Editor de los teatros moderno, antiguo español y estrangero, quien perseguirá ante la ley al que le reimprima.

ACTO PRIMERO.

(El teatro representa una sala de Windsor; puertas en el fondo: á la izquierda la cámara del rey, á la derecha la de la reina.)

ESCENA PRIMERA.

SIDNEY *sentado con un billete en la mano;* WILLIAMS *en pie delante de él.*

Will. Se me ha respondido que el lord canciller sigue malo; sin embargo no he podido verle.

Sid. Bien está.

Will. Tres dias hace ya que no se ha presentado nadie de parte del rey á informarse de la salud del duque de Buckingham, y esta repentina indiferencia de S. M. ha chocado mucho en el palacio del lord canciller.

Sid. ¿Qué importa?

Will. Como la última entrevista del rey y de su excelencia fue muy acalorada, hay quien empieza á temer su caida, y no falta quien la atribuye al conde de Varwik.

Sid. ¿A mí? Basta.

Will. Para prevenir sin duda el golpe que le amaga, ha entrado el lord canciller en negociaciones con la reina.

Sid. ¿Con la reina?

Will. Cuando yo entraba en el palacio de Buckingham salia de él su primera dama ladi Isabel Howard, viuda del lord tesorero, conde de Salisbury.

Sid. ¿Ladi Howard? ¿Es posible...? Déjame.

Will. ¿El señor conde asistirá al baile de la reina?

Sid. No sé... si... no me esperes hasta muy tarde. (*Williams sale por el fondo.*)

669425

ESCENA II.

SIDNEY.

¡Isabel en el palacio del canciller! ¿Qué causa puede conducirla allí? ¿Y qué secreto puede tener que confiarme? (*Lee el billete que tiene en la mano.*) "No vayais hoy á caza con el rey; antes de que vuelva S. M. vendré por la puerta secreta de la cámara de la reina." Aun me parece que siento su mano trémula al deslizar este billete en la mia. ¡Mudar tan repentinamente Isabel que por espacio de un año entero no ha correspondido á un amor sino con una reserva, una seriedad calculada...! ¡Ah! ¡acaso soy injusto con ella! ¿No he visto yo mismo siempre que desechaba mis obsequios agolparse las lágrimas á sus ojos? ¡Sí, me ama! Sin embargo, ningun favor suyo puede justificar en mí esta esperanza lisonjera... Pero el tiempo se pasa; el rey no puede tardar en volver... ¡Ella es!

ESCENA III.

SIDNEY, LA DUQUESA, *que entra por la puerta de la cámara de la reina pálida y agitada.*

Sid. ¿Qué he hecho yo para merecer tanta dicha, miladi?

Duq. Escuchadme, Sidney. Sin duda la amistad que profesais á la reina, la que me profesais á mí acaso os ha obligado á intentar una peligrosa competencia con Buckingham.

Sid. Por vos, señora, ha sido, por vos sola. Sin vos de buena gana abandonaria este título de favorito á cuantos le envidian. ¡Necios! ignoran lo que es pasar la vida entera entre la intriga y la vil adulacion de los cortesanos. ¡A eso llaman poder y felicidad! ¡Ah! Yo no conozco otra felicidad que la de merecer vuestro amor, ni otra ambicion que la de agradaros.

Duq. ¡Sidney! ¿Y si viniera yo á implorar ese mismo poder que tanto os pesa? ¿Si tuviera que pediros un favor...?

Sid. ¿A mí? ¡Oh! ¡No abuseis de mi credulidad!

Duq. Sí: vengo á implorar vuestra compasion. Sabed que esta mañana el duque de Besford ha tenido la desgracia de matar en duelo á sir Lexter, el sobrino de Buckinham. Bien sabeis cuán terribles son las leyes sobre los desafios desde que se hicieron tan comunes en el reinado de Isabel, y sabeis que Buckingham es inexorable; vos lo podeis todo en el ánimo del rey; pedidle que se ahogue este asunto; pedidle prórogas á lo menos para que Besford pueda huir y librarse de sus persegnidores; en fin, Sidney, ¡salvadle, salvadle!

Sid. ¿Es la reina, señora, quien toma un interes tan grande por el duque de Besford, ó sois... Perdonadme... pero esa turbacion, ese dolor... mis temores son injustos sin duda alguna.

Duq. Milor Sidney, vos poseis mi amistad; pero mi corazon debe cerrarse para cualquier otro sentimiento: mi deber me lo prescribe.

Sid. ¿Vuestro deber? Sois viuda, y yo os creía dueña de vuestra mano. ¡Ah! No sois ingenua. Mas hubiera valido confesarme que tenia un rival, y un rival preferido, que no fingir participar de unos sentimientos que no esperimentais.

Duq. ¡Ah! Conde, con cuánta dureza me echais en cara el interes que os he manifestado. Ved aqui nuestra suerte, infelices mugeres; os apoderais de una palabra, sorprendeis una mirada, dais tormento á nuestras ideas, interpretais nuestros sentimientos, y despues os creeis con derecho para reconveniros. Cuando estais seguros de haber leido en nuestro corazon, cuando la menor conmocion nos vende, ¡oh! entonces os lisonjeais de haber conquistado una declaracion, en la cual suele no haber tenido parte alguna nuestra voluntad, sin dárseos mucho de que puede ofender nuestra buena fama, sin averiguar siquiera si nos hemos hecho semejante confesion á nosotros mismos.

Sid. ¿Considerais como un ultraje el ofrecimiento de mi mano?

Duq. ¡Ah! Conde, ¿sabeis vos por ventura si la mia es libre?

Sid. ¿Qué decís?

Duq. ¿Sabeis si acaso soy yo culpable dando oidos á vuestras galanterías? ¿Sabeis si tiene por ventura el duque de Besford un derecho á todos mis pensamientos?

Sid. ¿Derecho...? ¡Ah! sí... los juramentos que le habeis prestado...

Duq. Son sagrados, conde; es mi esposo. Dos años hace ya que estamos casados en secreto.

Sid. (*Abrumado.*) ¡Casada!

Duq. Despues de la muerte de milord Salisbury, yo me negué al principio á contraer nuevos esponsales, pero mi familia lo exigió y fue preciso ceder. El duque de Besford ha ocultado hasta el dia esta boda por temor del canciller, que queria á todo trance casarme con su sobrino, ese mismo sir Lexter que ha perecido esta mañana en ese funesto duelo á manos de mi esposo.

Sid. ¡Casada!

Duq. Ahora bien, conde, ¿os admirais todavía de mi dolor? ¿Os negareis á servirme?

Sid. No, miladi, no. Una sola palabra ha destruido todas mis esperanzas; sin embargo no temais, yo sabré sofocar mi dolor dentro del pecho. Pero... ¿de qué manera puedo seros útil en este momento? Milord Ricardo, duque de Besford, acaba de ser arrestado.

Duq. ¡Arrestado! ¡Ah! El canciller me lo ha ocultado. Al rehusarme la gracia que le pedí, ya sabria que no se le podia escapar su víctima. ¡No hay esperanza ya! ¡Dios mio!

Sid. ¿No estoy yo aqui, miladi? ¿No habeis contado conmigo? (*Se oye una trompeta venatoria.*) El rey entra en palacio; voy á arrojarme á sus pies. Dios me dará fuerzas para ablandar su corazon. Pedirle la impunidad para el duque de Besford es lo mismo que pedirle la separacion de Buckingham. Muchos lo han intentado que se creían como yo en vísperas de triunfar; todos lo han pagado con su cabeza. ¡Oh! no: esto no me espanta; os he sacrificado mi tranquilidad y mi bien estar; tambien os sabré sacrificar mi vida. ¿Qué me importa? A Dios, miladi. (*Hace ademan de entrar á la cámara.*)

Duq. Conde de Varwik, no os separeis de mí de esa manera; no me dejeis con la horrible idea de que yo puedo ser causa de vuestra perdicion. Vuestras espresiones, vuestras miradas me agobian. ¿Qué quereis que os diga? Mi esposo es á quien pueden conducir á un cadalso; mi esposo... al pediros su perdon no hago sino cumplir con el mas sagrado de todos los deberes.

Sid. Sí, miladi. ¿Quién osaria reconveniros? Ademas, ¿no es él quien ha tenido la dicha de agradaros?

Duq. Sí, conde, sí.

Sid. ¿No es él el que habeis preferido á los demas?

Duq. (*Casi involuntariamente.*) Vos no estabais entonces en la corte.

Sid. ¡Ah! Miladi, ¡cuánta falta me hacia oir esa espresion!

Duq. (*Con viveza.*) No he dicho nada que os autorice á pensar...

Sid. ¡Oh! ¡Tranquilizaos! Vuestras palabras quedan grabadas aqui, aqui, en mi corazon: nunca saldrán de aqui. Esperad en esta pieza. A Dios, miladi. (*Entra en la cámara del rey.*)

ESCENA IV.

LA DUQUESA.

No he sabido guardar mi secreto, ¡desgraciada! ¿Me atreveré de aqui en adelante á ponerme en su presencia? ¡Ah! Su corazon es generoso, es noble, y no abusará de una confesion arrancada á mi flaqueza, y que jamas confirmaré con la menor lisonjera esperanza. Recibiré sus obsequios con mas reserva y frialdad que nunca, huiré, si fuese preciso, de su presencia... ¡infeliz! Morirá, morirá de pena. Me ama con toda su alma, y yo... ¡ah! un amor como el suyo hubiera hecho la felicidad de toda mi vida. (*Escuchando junto á la cámara del rey.*) Nada oigo. ¿Triunfará? ¡Si su plan se malograse! Si se perdiera por mí... No sería la primera vez que Jacobo hubiese entregado á su canciller la cabeza de su favorito. ¡Ah! yo hubiera debido no esponer á nadie; hubiera

debido arrojarme yo misma á los pies del rey... ¡Dios mio! ¡Dios mio...! Me ha parecido oìr... no... ¡Y esa funcion, ese baile que debe tardar tan poco en empezar...!

ESCENA V.

LA DUQUESA, DRYDEN, SALFORD: *entran por el fondo.*

Dry. (*A Salford.*) Muy temprano llegamos, Salford. ¡Ah! perdonad, hermosa ladi, no os habia visto. Estábamos muy lejos de creernos tan felices; pero supuesto que os hemos encontrado los primeros, podemos jactarnos con razon de ser los mas felices de todos los gentilmens que han de asistir al baile de la reina.

Salf. Y eso que asistirá toda la nobleza de Inglaterra. Un baile en palacio, es un acontecimiento, es casì un prodigio.

Duq. En efecto...

Dry. Dicen que el rey asistirá en persona.

Duq. No sé... sí... lo ha prometido.

Salf. Eso da cierto aire de alegría á esta pobre corte, tan triste desde que está al frente de los negocios el canciller.

Dry. Era preciso que enfermase todo un canciller para que nos divirtiésemos.

Duq. (*Aparte.*) Nada oigo todavía, nada.

Salf. Por san Jorge, creí que viniera el canciller á aguar nuestros placeres, porque acabo de ver entrar en la cámara del rey á un oficial de sus guardias. Debe traer algun mensage de importancia.

Duq. (*Aparte.*) ¡Cielos! ¡Todo se acabó!

Salf. Felizmente nuestra presencia y esos preparativos nos tranquilizan. (*Se oye una campanilla tocada con violencia en la cámara del rey.*)

Duq. Ha llamado.

Dry. ¿Pareceis estar indispuesta, miladi?

Salf. En efecto; no habiamos notado hasta ahora esa agitacion.

Duq. No es nada; no es mas que una ligera indisposicion; el cansancio acaso producido por los preparativos de esta funcion. ¡Esta idea ha sido tan repenti-

na! La reina no ha pensado mas que en el placer del baile...

Dry. Y ha descansado en vos acerca de la ejecucion.

Duq. Cierto, cierto, eso ha sido; pero nada se olvidará, lo espero; desempeñaré mis funciones del mejor modo posible.

ESCENA VI.

DICHOS. UN UGIER *saliendo de la cámara del rey.*

Ugier. (*Con una carta en la mano.*) A miladi, condesa viuda de Salisbury, del rey. (*Entrega el pliego y sale.*)

Duq. (*Abriendo precipitadamente el pliego.*) ¡El perdon! ¡Ah! ¡Sidney! todo os lo debo á vos.

Dry. (*Bajo á Salford.*) ¿Qué quiere decir eso? (*Alto.*) ¿Cómo, miladi, os ausentais en ese estado? Permitidme que llame á alguno.

Duq. No, no; es inútil; me siento del todo buena ahora; del todo, os lo aseguro. Dentro de poco nos veremos en el baile; espero pareceros alli mas amable. Caballero Dryden, cuento con vos para el primer minué. A Dios, señores, á Dios, hasta luego.

ESCENA VII.

LOS DICHOS, *menos* LA DUQUESA.

Dry. ¿Qué os parece esta repentina mudanza?

Salf. A fé mia, lo mismo que os parece á vos. Alguna intriga se trama contra el canciller, y este baile tan inesperado tiene todas las trazas de una celebracion de su caida.

Dry. Si llega á caer no me costará trabajo adivinar quién cogera las riendas del poder.

Salf. Mal trance sería ese para vos, á quien su excelencia acaba de nombrar capitan de sus guardias.

ESCENA VIII.

CHESTER, DRYDEN, SALFORD, SEÑORES INGLESES.

Ches. Buenos dias, Dryden. ¿Qué se dice de nuevo en el palacio del canciller?

Dry. Nada de particular. Vos que sois un esgrimidor, Chester, podiais instruirme en los pormenores del duelo de esta mañana entre el duque de Besford y sir Lexter. Segun parece, la cosa se hizo en regla, y Lexter se ha hecho con una soberbia estocada. ¿Ha muerto?

Ches. Poco menos; y su médico se ha encargado de concluir con él.

Dry. ¿Y Burleig, su padrino, no le ha vengado? Es un escelente tirador.

Ches. Burleig se las habia con otro mas fuerte que él, con el jóven jurisconsulto Roberto Overbury, que de un botonazo le ha dejado muerto en el sitio. El partido de Besford ha llevado lo mejor. Ha sido un triunfo completo.

Salf. ¡El jóven jurisconsulto Overbury! ¿Sabeis que es el diablo ese jurisconsulto? Apenas tiene bozo, y hé aqui ya el tercer desafio que ha tenido en este mes.

Ches. ¿Qué quereis? Es un segundon de una buena casa. Le han obligado mal su grado á vestir la toga á sus años, y él se bate hasta que se la desgarren. Ha aprendido leyes para poder infringirlas todas. Pero justamente aqui viene en persona.

Salf. ¡Por san Jorge! ha perdido el juicio. ¿A quién diablos le ocurre venir á Windsor por la noche despues de haber ayudado á matar al sobrino del canciller por la mañana?

ESCENA IX.

CHESTER, OVERBURY (*con la toga*), DRYDEN, SALFORD y ALGUNOS SEÑORES.

Overb. (*Entra cantando con alegría.*) Buenos dias, Chester. ¡Qué buen mozo estais hoy! ¿Y tu querida? ¿Tiene valor esa ingrata de no rendir todavía el co-

razon á esos bigotes tan diestramente rizados. ¡Diablo! si yo fuera muger no me resistiria dos minutos.

Dry. (*En voz baja.*) Mira lo que haces, legista. Me parece que pudiera no sentarte bien el aire de Windsor hoy. Aguarda siquiera hasta que Lexter esté restablecido, ó un palmo bajo tierra; de otra manera el canciller...

Overb. Dejadme en paz con vuestro eterno canciller; el canciller si uno habla, el canciller si se bate; ¡diantre de canciller! á lo menos en su ausencia y entre amigos dejadme que me vengue un poco de su tiranía y su...

ESCENA X.

CHESTER, OVERBURY, BURKER, *que entra por el foro;* DRYDEN, SALFORD, OTROS SEÑORES, *y despues* SIDNEY *que sale de la cámara del rey.*

Burk. ¡Gran noticia, señores! noticia positiva que será confirmada mañana. Buckingham ha caido.

Todos. ¿Qué dices?

Overb. (*Riendo,*) No nos engañes; eso sería delicioso.

Dry. Hé aqui á Sidney, que sale de la cámara de S. M. El puede decirnos... ¿Qué crédito debemos dar á las voces que corren, conde? ¿Es cierto que ha sido depuesto el primer ministro?

Sid. Asi dicen; yo sin embargo no tengo mas datos positivos que los demas. (*Se sienta en un sillon inmediato á la cámara del rey.*)

Ches. (*Bajo á los otros.*) Hace del discreto: la caida es indudable.

Overb. (*Con el mayor atolondramiento.*) ¡Gracias á Dios! Ya nos vimos libres de ese maldito canciller. Por todos estilos nos estaba haciendo mal tercio. Figuraos que hace ya algunos dias que estaba en relaciones con la muger mas linda de Lóndres.

Ches. ¿Hablas sin duda de la jóven Ana Arundel? Te engañas, Overbury; porque no ha querido admitir las veinte mil libras que el canciller le ha ofrecido por medio de...

Overb. No es esa, no.

Burk. ¡Ah! ya, la sobrina misma del canciller.

Overb. Nada.

Dry. (*A media voz.*) Este maldito no respeta á nadie; apostaria yo á que habla de la misma...

Overb. Menos, no das en ella.

Ches. Al fin daremos.

Burk. ¡Ah! una del teatro.

Salf. ¿Pues quién es? (*Sidney se acerca con curiosidad.*)

Dry. Dejadle por Dios; vais á ponerle en el caso de que diga algun disparate; ya le falta poco para...

Overb. ¿Quieres callarte, Dryden? Vas á hacernos sospechar que se trata de tu muger.

Dry. ¡Overbury! (*Chester le sosiega riéndose.*) (*Risa general.*)

Overb. (*Todos le rodean.*) ¡Vaya! ¿me prometeis guardarme secreto? porque no quisiera comprometerla.

Ches. Sí. ¿Quién lo duda?

Overb. ¡Pues bien! ¿Conoceis todos á la condesa viuda de Salisbury?

Sid. (*Atraviesa rápidamente la escena y se dirige á Overbury.*) ¿La condesa viuda de Salisbury? ¿estais seguro, señor letrado? (*Todos se apartan.*)

Overb. Muy seriamente lo tomais, señor conde. Sin embargo os puedo decir que hoy mismo la he visto entrar misteriosamente en el palacio del canciller.

Sid. ¿Y no teneis mas pruebas que esas para minar de esa manera su reputacion? ¿Sabeis por ventura la causa que podia obligarla á ver á Buckingham?

Overb. No tengo el honor de estar tan al corriente de sus negocios como el señor conde.

Sid. Sabed, pues, que iba á pedir una gracia para uno de sus parientes.

Overb. Sí, y de una manera muy propia para conseguirla, señor conde. (*Risa general.*)

Sid. ¡Eso es ya demasiado! Puesto que aqui no hay nadie que se atreva á tomar la defensa de una muger para vengar su reputacion indignamente calumniada, yo seré, señor letrado, yo mismo quien os dirá en vuestra cara que mentís.

Overb. A fé de caballero, señor conde, me dareis una satisfaccion de este insulto.

Sid. (*Echando mano á la espada.*) Ahora mismo.

Overb. (*Apoderándose de la de Burker, que está á su lado.*) ¡En hora buena!

Ches. (*Pasando detras de Sidney, y apartando á todo el mundo.*) A un lado, señores, á un lado. Que vean lo que hacen. ¡Sitio!

Dry. (*Arrojándose en medio.*) ¿Qué haceis aqui? ¿Dentro del palacio? ¿Casi en presencia del rey?

Varios señores. Deteneos. (*Los separan.*)

Sid. Bien, pero mañana en James-Street á las seis.

Overb. Donde gusteis, con tal que yo vea cruzadas nuestras espadas cinco minutos no mas.

Sid. Nos batiremos antes de salir el sol, señor letrado, para que no se eche á perder vuestra tez.

Ches. (*Bajo á Overbury.*) Esto te enseñará á ser un tanto mas circunspecto en tus habladurías. No sabe uno las mas veces con quién habla.

Burk. (*Bajo á Overbury.*) Esto te corregirá.

Overb. (*Idem.*) ¿Dos á la vez para enseñarme una virtud palaciega? Convenid conmigo en que esto ya es demasiado.

ESCENA XI.

DRYDEN, SIDNEY, BESFORD, CHESTER, OVERBURY, BURKER, SALFORD.

(*Durante toda esta escena y hasta el fin del acto se llenan los salones de personas de todos sexos en trage de corte ó enmascaradas. Algunas en sus trages representan diosas del perganismo.*)

Besf. (*Entra por el foro.*) Por fin os encuentro, conde.

Todos. ¡Besford!

Overb. ¿Cómo diantres te has compuesto para salir de tu carcel?

Besf. Preguntádselo á mi libertador el conde de Varwik, que ha conseguido mi perdon. ¡Qué agradable sorpresa me habeis causado! En menos de una hora paso de un calabozo lóbrego y triste á una brillante funcion. No creía salir de él para ir á un baile; podeis contar con mi agradecimiento á todo trance; mi vida es vuestra: solo temo no poderos pagar jamas lo que os debo. (*Salford sale por el foro.*)

Dry. Vamos, milores: las salas de Windsor se llenan de gente; tendremos comparsas preciosas: la reina y un gran número de señoras han adoptado trages de las diosas de la mitologia; el baile presentará una perspectiva encantadora.

Sid. (*Solo.*) ¿Podia yo permitir que la ultrajasen? no: era un deber mio defenderla. El letrado Overbury pagará bien caras sus calumnias.

Besf. (*Que ha estado hablando con un grupo, dirigiéndose vivamente á Sidney.*) ¡Por san Jorge! ¿Qué acabo de saber, amigo mio? ¿Os batís mañana con Overbury...? ¡Ah! me tendré por dichoso si llego á tiempo para serviros de segundo.

Sid. Gracias, señor duque, gracias: Chester vendrá conmigo.

Besf. Necesitais dos, y no os ha de sobrar nada. Overbury es el rey de los esgrimidores; su osadía y su fortuna le han hecho célebre.

Sid. No importa. El cielo se pondrá de mi parte.

Besf. Perdonad; no podeis sin ofenderme rehusar mis servicios; os debo la vida. ¿No he recurrido yo tambien á vos? Sé la deuda que he contraido; permitidme que empiece á pagárosla. Overbury, mañana voy con el conde de Varwik.

Overb. Como gustes, Besford. Ya sabes como te he servido esta mañana; sin duda te has cansado de vencer. (*Habla con Burker y otro señor.*)

Besf. Eso es lo que hemos de ver mañana, señor jurisconsulto. Chester, contadme la ocasion de este desafio. (*Se oye no muy cerca la música de los salones, que no cesa de tocar hasta el fin del acto.*)

ESCENA XII.

DRYDEN, SIDNEY, LA DUQUESA, BESFORD, CHESTER, OVERBURY, BURKER.

Duq. (*Entra por el foro.*) ¿Qué haceis? Milores, ya ha empezado el baile. ¿Es posible, Dryden, que tenga yo que venir á buscaros?

Sid. (*Bajo á la duquesa.*) ¿Os he cumplido mi palabra, miladi?

ESCENA XIII.

SIDNEY, DRYDEN, LA DUQUESA, SALFORD, BESFORD, CHESTER, OVERBURY, BURKER.

Salf. Burker tenia razon, milores. La caida del lord canciller ya no es un misterio; la reina acaba de anunciarlo en alta voz.

Un grupo de cortesanos. ¡Viva el rey!

Dry. ¡A Dios mi capitanía!

Besf. Por Dios, que estoy en el dia mas feliz de mi vida, supuesto que ya nos vemos libres de ese maldito Buckingham; permitid, milores, que os presente á la duquesa de Besford. (*Movimiento de sorpresa.*)

Overb. ¿Qué dices? ¿Tu muger?

Besf. Hace dos años, Overbury; esto es lo que tú no habias adivinado.

Overb. En verdad que no; te felicito sinceramente (*A Chester y á los demas.*): ahora tiene esto mas gracia.

Besf. (*Acercándose á Sidney.*) Mañana, ¿á qué hora?

Sid. Pero... permitidme, Besford, que no os esponga á...

Besf. ¡Silencio! mi muger nos escucha; está loca por mí, y si llegase á sospechar la menor...

Ches. (*Bajo á Overbury y á los demas.*) ¡Y yo que iba á contarle al marido la causa del desafio! Está visto que aqui no se puede hablar sin hacer un disparate.

ESCENA XIV.

DICHOS. UN GENTILHOMBRE *saliendo de la cámara del rey.*

Gentilh. El rey llama á su gran canciller y primer ministro el señor conde de Varwik. (*Sorpresa y silencio general.*)

Dry. (*A Salford.*) Nos equivocamos en todos nuestros cálculos. ¿Quién hubiera dicho que Sidney...? (*Alto.*) Milord, os felicito cordialmente al ver recompensado vuestro mérito. (*Todos se inclinan. Besford y Chester aprietan amistosamente la mano de Sidney; los demas le rodean felicitándole.*)

Overb. (*Con desenfado.*) ¡Por san Jorge! mañana sabre-

mos si un trozo de pergamino y el título de excelencia bastan á desviar la punta de una espada.

Sid. (*Á Overbury, á quien no ha perdido de vista.*) Mi nueva posicion en nada altera nuestros asuntos; y como os veriais obligado á salir de Inglaterra en el caso de que la suerte os fuese propicia, os enviaré esta noche un salvo conducto.

Overb. (*Saludándole.*) Viva V. E. persuadido de que haré cuanto de mí dependa para poder aprovecharme de él. (*Se oye mas fuerte la música. Sidney se detiene un instante á la entrada de la cámara del rey para echar una ojeada á Overbury y á la duquesa. Todos hacen ademan de salir hácia los salones del baile. Cae el telon.*)

FIN DEL PRIMER ACTO.

ACTO SEGUNDO.

(El teatro representa una sala de casa de Sidney; á la izquierda una puerta que conduce á un gabinete-armería, en cuya entrada se ven trofeos. En el fondo una péndola gótica; á la izquierda una ventana ancha que permite ver la fachada del palacio de Windsor iluminada; á la derecha una puerta que conduce afuera.)

ESCENA PRIMERA.

WILLIAMS *en el fondo*, SIDNEY *ocupado en escribir; sobre la mesa hay dos bugías encendidas. El reló da las cinco.*

Sid. ¡Las cinco ya! Ya empieza á amanecer. (*Saca una caja del pecho, besa repetidas veces lo que contiene, y la ata á una carta que acaba de cerrar.*) ¡Williams!

Will. ¿Señor?

Sid. (*Señalando una carta que coge sobre la mesa.*) Esta carta es para mi madre. (*Señalando el paquete.*) Esto para una persona cuyo nombre no pronunciarás jamas; para la duquesa de Besford. Aqui lo dejo todo. (*Abre un cajon en la pared á la izquierda del espectador.*) Me llevo la llave. Si no vuelvo esta noche descerrajarás este cajon, y darás á cada cosa la direccion que te he indicado; pero las darás solo á las personas que he dicho, solo á ellas.

Will. Sí señor.

Sid. ¡Ah! se me olvidaba ya el salvo conducto del letrado Overbury. (*Firma un papel y le mete en su bolsillo.*) Harás ensillar inmediatamente el mejor de mis caballos; te encargo sobre todo que se haga sin meter ruido; podrias despertar á mi madre.

Will. Todas vuestras órdenes serán puntualmente ejecutadas.

Sid. ¡Ah! dejarás tambien abierta la puerta grande, porque voy á salir.

Will. ¿Solo, señor?

Sid. Solo.

Will. De buena gana os pediria permiso para acomparos. El señor conde conoce mi discrecion, y acaso necesitará alguien...

Sid. No, Williams; te agradezco tu celo. Estás conmovido. ¡Ba! ¿Es esta la primera vez que me ves salir á estas horas? Vaya, anda. ¡Pobre Williams! (*Desciñe su espada y la pone sobre la mesa.*)

ESCENA II.

SIDNEY.

El baile continúa. Celebran la caida de Buckingham como celebrarian la mia. Alli está, pensando en mí tal vez, porque ahora ya no puedo dudar de su amor. La hora se acerca (*Saca del gabinete unas pistolas y las pone sobre la mesa.*), y he prometido á Chester irle á buscar á su casa. Alli estará Besford sin duda; por mas que he hecho me ha sido imposible hacerle desistir. Ayer aun hubiera dado toda mi sangre por oir un *sí*... ¿por qué razon no soy ya completamente feliz? ¡Ah! existe entre ella y entre mí un obstáculo en que se estrellan á la vez todas mis esperanzas. Dice que me ama; pero pertenece toda á su marido. Sí; la ha comprado: su cuerpo es suyo, y su alma tambien. Sus encantos, su amor, todo se lo ha vendido á Besford su familia. ¡Una boda por razon de estado...! Y ella quiere llevar al estremo ese vil contrato. ¡Delirio! ¡Ah! ¿Cumple nuestra vida jamas lo que una vez prometió? Entramos en el mundo henchidos de esperanza: nos arrojamos llenos de alegría hácia un porvenir risueño; pero cada dia que pasa se borra una ilusion, huye un placer ilusorio, se presenta en su lugar una horrible realidad, y á los veinte y cinco años, en la flor de nuestra vida, nos hallamos solos, aislados, desengañados y abrasados por una sed devoradora de felicidad que no se ha de satisfacer jamas. (*Llaman suavemente á la puerta del fondo.*) ¿Quién llama?

ESCENA III.

SIDNEY, OVERBURY *asomando la cabeza.*

Overb. Soy yo, excelentísimo señor. (*Entra con una espada ceñida y dos pistolas en el cinto.*)

Sid. ¿Qué significa esto, sir Overbury? (*Señalando al reló.*) Son las cinco y cuarto; ya lo veis, y nuestra cita es á las seis. ¿Dudais por ventura de mi exactitud?

Overb. No ignoro vuestra reputacion, señor conde. Sé muy bien que á las seis en punto os hubiera encontrado en el sitio designado con la pístola ó la espada en la mano, dispuesto á escarmentar todas mis estravagancias...

Sid. En ese caso, ¿qué objeto tiene esta visita? Nos faltan todavía tres cuartos de hora.

Overb. Esa es precisamente la causa de mi venida.

Sid. Esplicaos.

Overb. Transcurrido ese tiempo no podré consagraros ni un segundo.

Sid. ¿Por qué?

Overb. Porque á las seis tengo otro asunto tan importante como este, al cual no me es posible dar cumplimiento en el mismo sitio, y no encuentro medio alguno de estar á una misma hora en dos puntos distantes.

Sid. ¿Cómo? ¿otra cita?

Overb. Precisamente.

Sid. Tranquilizaos. Es probable que tengais que faltar á la una ó á la otra.

Overb. (*Riéndose.*) Tengo mas confianza en mí que el señor conde, y por esto quisiera conciliarlo todo.

Sid. (*Con impaciencia.*) Sir Overbury, haceos cargo de que yo he sido el que os he provocado; la otra persona esperará.

Overb. No hubiera vacilado para proponérselo si me las hubiese con una simple mortal (ya veis que es una cita amorosa); pero precisamente es una divinidad del olimpo: la he dirigido mis oraciones, he sido escuchado, y una diosa, por pequeña que sea, no es muger que aguarde. Y ésta sobre todo: la blanca Diana,

que brillaba esta noche deliciosa en medio de un enjambre de ninfas...

Sid. No os pregunto quién es.

Overb. Me es indiferente: ademas de que mañana lo sabrá toda la corte.

Sid. Lo sentiré por vos, sir Overbury; pero, ¿y si yo no quisiese variar la hora de nuestro desafio?

Overb. Tendria paciencia, señor conde; pero confesadme que eso sería una crueldad. En igual caso yo no me negaria á prestaros este pequeño servicio.

Sid. En hora buena. Vamos, pues.

Overb. No esperaba yo menos de vuestra generosidad.

Sid. (*Dándole un papel.*) Tomad vuestro salvo conducto.

Overb. (*Leyéndole.*) Si V. E. tuviese la bondad de poner dos nombres... Porque quién sabe si mi diosa querrá endulzar el rigor de mi destierro; y como es casada...

Sid. Eso es cuenta vuestra. (*Señalando las pistolas y la espada de Overbury.*) ¿Son necesarios todos esos preparativos?

Overb. Esto quiere decir que podeis elegir armas.

Sid. Os cedo la eleccion.

Overb. ¡Oh! á mí me es indiferente.

Sid. Mejor; entonces á caballo.

Overb. A caballo.

Sid. Con espada y con pistola.

Overb. Tengo ambas cosas.

Sid. Hasta que quede uno de los dos en el campo.

Overb. ¿Eh?

Sid. ¿Este desafio os asombra, sir Overbury?

Overb. No le propongo nunca, pero le acepto siempre.

Sid. Vamos.

ESCENA IV.

WILLIAMS, SIDNEY, OVERBURY.

Will. (*Bajo á Sidney.*) Una enmascarada quiere hablar indispensablemente á V. E.

Sid. ¡Una señora!

Overb. ¿Señor conde?

Sid. Un momento, sir Overbury.

ESCENA V.

DICHOS. LA DUQUESA.

(Trae un gran dominó de raso negro y la máscara puesta: al ver á Overbury hace ademan de salir.)

Overb. (*Ocultando sus armas con su ropilla.*) ¡Ah, señora! yo soy quien debo salir. (*A Sidney sonriéndose y á media voz.*) Sois mas feliz que yo, señor conde; á mí me toca sacrificarme; es muy justo. No insisto: sed dichoso vos ahora, yo lo seré despues.

ESCENA VI.

SIDNEY, LA DUQUESA.

Duq. (*Arrojando su careta.*) Soy yo.

Sid. ¡Vos, señora! ¡Ah! si esto es un sueño, no me desperteis jamas. No me robeis mi felicidad.

Duq. Insensato. ¿Hablais de felicidad, y no veis la muerte delante de vuestros ojos...? Huid. Buckingham ha recobrado todo su favor.

Sid. ¡Buckingham! Es imposible; he vuelto á ver á S. M. durante el baile, y el recibimiento que me ha hecho...

Duq. ¿Y no conoceis á Jacobo I? ¿Yo soy quien he de recordaros las causas que existen para hacer imposible una caída completa de Buckingham? ¿Creeis que le costaria tanto sacrificar á su antiguo privado la cabeza de un favorito de dos horas, con tal que tuviese el menor viso de justicia? ¿Imaginais por ventura que puede faltar un pretesto...?

Sid. ¡Oh! eso sería una ingratitud...

Duq. Creedme. Al saber su desgracia, el canciller se ha hecho llevar á Windsor; ha esperado al rey en su gabinete. El rey le ha visto, le ha hablado, y ha cedido: ha temido sin duda...

Sid. ¡Buckingham! ¡Buckingham!

Duq. Este suceso es un misterio todavía; nadie lo sospecha en la corte: solo la reina ha podido saberlo en el acto. Me ha llamado aparte; todo me lo ha con-

tado: he recorrido todas las salas, os he buscado, he preguntado por Chester, vuestro amigo, para que os avisase: á nadie he encontrado; los dos habiais desaparecido. No sabiendo entonces de quién fiarme, y temiendo dar con un enemigo vuestro, he cogido precipitadamente en el cuarto de la reina este dominó y esa careta, y lo he abandonado todo por salvaros.

Sid. ¡Oh! Isabel, sois un angel. Pero nada tengo que temer. Mi ministerio de dos horas no ha hecho daño á nadie, y puede haber hecho mucho bien á alguna persona.

Duq. Sí; pero el canciller os acusa de traicion contra el Estado, y á sus instancias acaso os acusará tambien mañana el parlamento. Ha hecho creer al rey que estais complicado en la conjuracion que tiende á poner la corona de Inglaterra en la cabeza de Arabella Estuardo, su prima.

Sid. Es una infame calumnia: tendrá que presentar pruebas.

Duq. ¿Pruebas? ¿Creeis que no sabrá inventarlas? ¿Ignorais su facundia? El rey lo ha creido, y en este caso no ha podido menos de obrar como rey justo. En fin, ¿no me habeis comprendido? Buckingham os acusa y pide vuestra cabeza. Y la obtendrá, vos lo sabeis mejor que nadie, la obtendrá si no la salvais.

Sid. ¡En buen hora! Que envie por ella.

Duq. ¡Oh! ¿Que decís? No será esta vuestra resolucion, no; lo decís solo para atormentarme, porque yo soy quien os he precipitado en este abismo; vos no querriais dejarme este eterno remordimiento: ¿es verdad que no, Sidney? No; eso sería horroroso. Nunca he deseado el mal para vos. ¡Oh! Sidney, vos no habreis pensado bien lo que habeis dicho.

Sid. ¡Isabel!

Duq. No, no lo habeis pensado bien. Una carroza os aguarda abajo, y la reina ha despachado delante postillones para auxiliar vuestra fuga.

Sid. (*Mirando el reló.*) ¡En hora buena! que parta el carruaje, y que me espere en la puerta de Market. Dentro de una hora le alcanzaré.

Duq. ¡Dentro de una hora! ¿Y por qué esta dilacion? Dentro de una hora ya no será tiempo. Va á amane-

cer, y al salir el sol ya os habrán preso. Partid inmediatamente, ó sois perdido.

Besf. (*Entre bastidores.*) ¡Sidney! ¡eh! ¡Sidney! *La duquesa se detiene aterrada.*) ¿Dónde diablos estais?

Duq. ¡Mi esposo!

Sid. ¡Besford! ¿Dónde os ocultaré? Alli, en el gabinete, en mi armería... Venid, no temais nada. (*Coge de un brazo á la duquesa, que ha quedado inmóvil, acometida de un temblor convulsivo, y la empuja dentro del gabinete.*)

ESCENA VII.

SIDNEY, BESFORD.

Besf. Apostaria cualquier cosa á que está durmiendo... ¡Ah! me he llevado chasco.

Sid. Milord duque, me parece que no era este el sitio designado...

Besf. ¿Para reunirnos? ¿no es verdad? Cierto: perdonadme mi impaciencia: he querido probar mi exactitud. Me teneis á vuestras órdenes; este es el dia mas feliz de mi vida, pues voy á emplear mi espada en servicio vuestro.

Sid. Hablad mas bajo, os lo ruego; mas bajo. (*Besford le mira asombrado.*) La habitacion de mi madre está inmediata, y pudiera oirnos.

Besf. (*Bajando la voz.*) Teneis razon: ¡pobre condesa! respetemos su sueño; todas las precauciones serán pocas. Lo mismo me sucede á mí con mi muger; si supierais cuánto trabajo me ha costado callarle todo este asunto. Felizmente me he salido del baile muy temprano y sin que ella lo echase de ver. Por otra parte, pasará regularmente toda la noche con la reina; es imposible que conciba la menor sospecha. ¡Qué noche tan deliciosa! Vos érais alli el héroe, señor conde; vuestro nombre andaba resonando de boca en boca; todos querian veros y felicitaros. Vuestro reinado ha empezado con una brillante funcion.

Sid. Pronto pudiera acabarse.

Besf. ¡No lo quiera Dios! ¡oh! será largo, porque es-

tais muy querido, sois generalmente bien quisto, y vuestro poder no engendrará envidiosos.

Sid. (*Cuya impaciencia y turbacion se aumenta por grados.*) Perdonadme, milord; tengo todavía que tomar algunas disposiciones...

Besf. Sí, sí; os ruego que no os incomodeis por mí de ninguna manera; haced cuenta que no estoy aqui. (*Sidney, viendo que no se va, se sienta á la mesa y hace como que escribe; Besford se sienta. Momento de silencio.*) A propósito; ¿qué arma elegís?

Sid. Si os parece nos batiremos á caballo con pístola y espada.

Besf. (*Levantándose.*) De muy buena gana; eso es mas animado y mas divertido; es casi una carga de caballería. (*Llega á la mesa y examina las armas de Sidney.*) ¡Lléveme el diablo! esta es una espada de baile. El menor golpe de una mano medianamente ejercitada la hará pedazos; casi va á saltar entre mis manos. ¡Oh! teneis veinte mejores en vuestra armería. (*Se dirige hácia el gabinete.*)

Sid. (*Con viveza.*) Esta me acomoda mas; es mas ligera. Marchemos, os lo ruego; he concluido.

Besf. ¡Por mi alma! no permitiré en manera alguna que os espongais con una arma de esta especie. Es un deber mio el... (*Da un paso hácia el gabinete.*)

Sid. (*Deteniéndole.*) Deteneos, milord duque; se pasa la hora; es preciso partir.

Besf. (*Reparando en la careta que está en el suelo.*) ¡Ah! Esto es otra cosa. ¡Diantre! no habia yo visto... (*Sonriéndose.*) Sí, sí, efectivamente; esta espada es muy buena. Ademas, Chester nos prestará otra; subiré al paso á su casa, (*Recoge la careta con un baston.*) y la escogeré. (*Se prueba la careta.*) Muy incómodo debiais estar aqui dentro; es muy pequeña. (*Examinándola.*) Me parece haberos visto antes, señora careta, bailando en la comparsa de la reina. (*Levantando la voz y mirando hácia el gabinete.*) ¿No ibais con un vestido de color de violeta, con guarniciones de color de naranja? (*Sidney le hace una seña con la mano.*) Sí... hablemos bajo, vuestra madre pudiera oirnos.

Sid. Vamos, duque, vamos.

Besf. A la verdad, ¡soy el hombre mas indiscreto y mas torpe...! entrar á las cinco de la mañana en vuestra habitacion sin anunciarme antes ¡Qué enojado debeis de estar conmigo. Voy á esperaros en la puerta de la ciudad; Overbury será tambien exacto sin duda; de paso me reuniré con Chester, nuestro testigo. (*Volviendo.*) ¡Ah! dos palabras nada mas. ¿Es esta la primera vez que viene aqui?

Sid. ¡Oh! os lo juro por mi honor; la primera.

Besf. ¡Santo Dios! ¿qué he hecho yo? no tengo disculpa. Os pido mil perdones, mil: me retiro; quedaos; no salgais; quedaos aqui, señor conde.

ESCENA VIII.

LA DUQUESA, SIDNEY.

Sid. He creido que moriamos aqui los tres. (*Echa el cerrojo de la puerta del foro y corre hácia la del gabinete.*) Venid, Isabel, venid. ¿No me oís? ¡Isabel! (*La lleva á un sillon y la sienta.*) Volved en vos, nada teneis ya que temer.

Duq. No, ya no tengo nada que temer, ¿no es verdad? ¡Ah! otro golpe como este y soy muerta. Ahora estoy salva ya, ¡salva enteramente! ¡Dios mio! (*Llora.*)

Sid. Por Dios, tranquilizaos.

Duq. Sí; es preciso que yo me marche al momento.

Sid. ¿Y podeis marcharos en el estado en que os veo? Esperad aun algunos minutos mas.

Duq. ¿Esperad decís? ¿Y si volviese? ¿Sabeis que no me volveria á esconder? No; no me esconderia. No le pondria yo misma en ridículo segunda vez: no atraeria el desprecio sobre su cabeza; mejor querria que me matase. ¡Besford! ¡ese hombre tan noble, tan generoso, tan lleno de pundonor! Se chanceaba él mismo con su propia deshonra; se ha marchado riéndose delante de una muger cuya presencia no ignoraba; ¡y esta muger es la suya! ¡esta muger lo oía todo, y no ha muerto de vergüenza ó de desesperacion!

Sid. ¡Isabel!

Duq. Todo lo he oido, ¡os lo repito! el motivo de su visita, y el que le ha obligado á salirse.

Sid. ¡Pues bien! maldecidme á mí; yo soy quien os he deshonrado á vuestros propios ojos, y entre tanto vos estabais pura y no habeis dejado de serlo; pero mi amor es fatal y lleva consigo donde quiera el dolor y los remordimientos. ¡Cuán desgraciado soy yo! Yo, que hubiera dado mi vida por ahorraros un sentimiento, y que os entrego á la desesperacion; yo, por quien lo habeis arrostrado todo, y que no puedo dejaros siquiera el consuelo de haberme salvado.

Duq. ¿Y por qué me habeis de negar hasta ese dulce consuelo?

Sid. ¿Estará en mi mano concedéroslo dentro de una hora?

Duq. (*Levantándose.*) Teneis razon; ese desafio, ese... debeis asistir á él, y si os librais de vuestro adversario, no os librareis del vulgo. Pero ¿qué os importa? no dejais muriendo ningun pesar, ninguna memoria...

Sid. ¡Isabel! Basta, yo os lo suplico: ved que bien he menester todo mi valor.

Duq. ¿Y yo no le necesito?

Sid. (*Mirando el reló.*) ¡Ah! se ha pasado ya la hora.

Duq. (*Deteniéndole.*) Un instante todavía. ¡Dios mio! Un instante nada mas.

Sid. No, no; me es imposible: no me detengais.

Duq. ¿Quereis, pues, morir?

Sid. El cielo decidirá de mi suerte. (*Se arroja hácia la puerta.*)

Duq. (*Deteniéndole.*) ¡Sidney! ¡por vuestro amor, por el mio, por el mio, conde...!

Sid. ¿Y seré yo digno de ese amor si me quedo aqui mas tiempo?

Duq. Ya ha pasado la hora; vos lo acabais de decir; ya ha pasado.

Sid. Sí, y cada segundo que marca nuevamente aquel minutero se lleva consigo un pedazo de mi honor. Venid, salgamos.

Duq. ¡Salir! — No; yo me quedo aqui. (*Cogiendo el sillon.*) Aqui mismo, ¿lo oís? No penseis en llevarme; yo tambien quiero perderme, sí. ¡Cuando vengan los emisarios de Buckingham á buscaros... mejor! Le podrán contar al canciller que han encontrado á la

duquesa de Besford en la habitacion del conde de Varwik. Idos, conde; marchad; ya no os detengo. (*Se sienta.*)

Sid. ¡Vos me haceis temblar! Escuchadme, Isabel; bien lo sabeis; nosotros los hombres tenemos deberes que no podemos olvidar sin arrostrar el oprobio. Una cita de esta especie es sagrada; he insultado á mi adversario, y le debo dar una satisfaccion, aunque el habérsela de dar me costara llevar mi cabeza á un cadalso.

Duq. (*Levantándose.*) No huireis de vuestro adversario; huireis del anatema de Buckingham. ¡Dios mio! en los sucesos ordinarios de la vida nunca os obligaria yo á eludir un combate que el honor exige; gemiria en silencio: ¿pero ahora? ahora es el cadalso, el cadalso: ¿me entendeis? Decidme cómo quereis que os hable. Decidme qué palabras podrán conmover vuestro corazon; decidme qué objetos os son mas caros. ¿Mi amor? ¡Ah! no: no puede nada con vos; no es eso... ¿Vuestra madre? Sí; vuestra madre, á quien tanto amais, que oirá su nombre mancillado, que morirá de dolor... ¿No? ¿Tampoco basta? ¡Ah! ya no sé qué deciros yo; no lo sé, ni sé qué ruegos emplear; mi alma se cansa, y no me quedan fuerzas sino para llorar y para echarme á vuestros pies.

Sid. Dejadme por Dios, dejadme.

Duq. No lo espereis, Enrique. No, conde; no.

Sid. ¡Ah! ¿vos no querriais deshonrarme...?

Duq. (*Levantándose.*) ¿Y si me deshonrase yo contigo...?

Sid. ¡Isabel!

Duq. ¿Y si participase yo contigo de tu oprobio? ¿si partiese yo tambien?

Sid. ¡Calla, Isabel; calla por piedad!

Duq. Partamos, sí; partamos al instante. Ya nada me detiene. Dentro de algunas horas estaremos lejos de Inglaterra, lejos de Buckingham, y lejos en fin de todos. Estaremos solos en el mundo nosotros dos. ¿Comprendes bien toda nuestra felicidad? ¡Oh! una vida entera llena toda de amor y de ventura: ¡el paraiso en la tierra!! Partamos.

Sid. ¡Desdichado! soy perdido si te escucho.

Duq. No puedes negármelo, no; no puedes negármelo:

¿lo ves? ¿Y qué es tu sacrificio comparado con el mio? Yo no tendré disculpa; yo abandono á un esposo que me ama; yo atropello todos mis deberes... (*Sidney la estrecha contra su corazon.*) ¡Oh! sí, Enrique, sí; rodéame con tus brazos, ocúltame á las miradas de todos, porque estoy envilecida, porque estoy infamada.

Sid. No hables asi, Isabel, tú que todo me lo sacrificas, tú que eres mia de aqui en adelante.

Duq. Sí, tuya, toda tuya. Enteramente tuya.

Sid. ¿Y qué nos importa el mundo ahora? Ya es mia para toda la vida. (*La estrecha á su pecho y la llena de besos las manos y la frente. Se oye ruido. Dan golpes á la puerta.*)

Duq. (*Con el mayor espanto.*) ¡Ah! son los soldados de Buckingham que vienen á prenderte.

Sid. No me prenderán vivo.

Ches. (*De afuera.*) ¡Sidney! ¡Sidney! abre.

Sid. Es la voz de Chester.

Ches. (*Sacuiendod la puerta violentamente.*) Abre; ¡por san Jorge! (*La puerta cede y entra. La duquesa se cubre el rostro con entrambas manos.*) ¿Has perdido el juicio? Besford acaba de partir para batirse en tu lugar.

Sid. ¡Maldicion sobre mí! (*Se arroja sobre sus armas.*) ¡Y yo entre tanto le deshonraba! (*Arrastra consigo á Chester; la duquesa cae desmayada en un sitial.*)

FIN DEL SEGUNDO ACTO.

ACTO TERCERO.

(Salon del piso bajo de la casa de Besford. A la derecha y en primer término una puerta; en segundo término un reló. Otra puerta á la izquierda que conduce á las habitaciones de la duquesa; otra en el foro, al lado de unas grandes vidrieras que dan al patio de la casa. A la izquierda una mesa entre dos grandes sillones.)

ESCENA PRIMERA.

BURKER, *en pie detras de la mesa;* BESFORD, *sentado en un sillon; dos criados detras de él;* LA DUQUESA, *sentada en el fondo al otro lado del teatro.*

Besf. (*Con el brazo vendado á Burker.*) Me ha faltado un pie; me he resvalado, y Overbury ha vencido: (*A media voz.*) pero decidle que nos volveremos á ver.

Burk. (*Dejando dos pistolas sobre la mesa.*) Corro á decirle inmediatamente que por dicha, vuestra herida no ha sido de peligro.

Besf. (*A los criados.*) Gracias, amigos mios, gracias; ya no os necesito: idos.

ESCENA II.

BESFORD, LA DUQUESA.

Besf. (*A la duquesa, que ha permanecido inmóvil con la cabeza sostenida en las manos.*) ¡Isabel! perdonadme que os haya hecho un misterio de todo esto. Jamas hubierais sabido una palabra á no ser por esta maldita herida. ¿Aun estais enojada conmigo? Ya veo que será preciso pediros seriamente mi perdon.

Duq. (*Levantándose y llegándose á él.*) ¡Milord!

Besf. ¡Querida mia! no es mas que un arañazo, nada mas. Ni sé cómo he podido ponerme tan malo por

tan poca cosa; apenas siento ahora mi herida. Ya veis que no me impide estrecharos en mis brazos. ¿Os apartais? Cierto que es mucha crueldad ahora que ya os he confesado mis yerros. Si ha habido algun riesgo, ya estoy fuera de él, y hoy no tengo que temer sentencia alguna.

Duq. ¡Ah! no; el rey firmó vuestro perdon. Hoy ya no sería tiempo de pedirle.

Besf. ¿Pues cómo?

Duq. Buckingham se ha vuelto á apoderar del poder.

Besf. ¿Quién os lo ha dicho?

Duq. La reina.

Besf. ¡Otra vez desvanecidas nuestras esperanzas...! Pero... entonces el pobre Sidney es perdido; apenas tiene tiempo para escaparse y librarse de las pesquisas de Buckingham. (*Se levanta.*) Es preciso enviar un criado á su casa; que lo busquen donde quiera que esté; si llega á poner los pies en casa de Windsor es hombre muerto. (*Voces en el patio.*) ¡Eh! paradle... deteneos...

Bes. (*Acercándose á la vidriera.*) ¿Qué ruido es ese...? Un caballo acaba de dejarse caer en el patio; está cubierto de polvo y de espuma... no veo su ginete.

ESCENA III.

BESFORD; SIDNEY, *cubierto de polvo en el mayor desorden, arrojándose dentro de la habitacion;* LA DUQUESA.

Sid. ¡Ya era tarde...! (*A Besford.*) ¡Ah! Besford, Besford; ¡si me hubieras esperado!

Besf. (*Alargándole la mano.*) ¿Qué quereis? Para hacer tiempo... (*A Sidney, que repara en su brazo.*) No es nada.

Sid. Overbury ha pagado cara esa herida.

Besf. ¿Le habeis muerto?

Sid. No, pero tendrá que hacer cama algunos meses.

Besf. ¡Ah! pobre togado; mucho lo siento: le estimo, le quiero. Mas pensemos en vos. Cuán dichoso soy volviéndoos á ver, amigo mio. Temia que hubieseis vuelto á vuestra casa; ignorais sin duda cuanto pasa.

Sid. No... acabo de saberlo en este momento.

Besf. ¿Y qué? Ya no estais seguro en Inglaterra; vais á partir. Os salvaremos; á lo menos asi lo espero: esperadme algunos minutos.

Sid. ¿Qué haceis, milord? ¿Y vuestra herida...?

Besf. ¡Eh! Bagatela. En este momento no pienso mas que en vos. Os dejo con la duquesa.

Duq. Milord; permitidme que me retire: ¡estoy tan mala!

Besf. Esperad un momento siquiera; haced compañía al conde, os lo ruego: un instante no mas. ¡Por mí!

ESCENA IV.

SIDNEY, LA DUQUESA.

Duq. (*Aparte despues de un largo silencio.*) ¡Qué tormento! ¡Dios mio!

Sid. (*Sin mirar á la duquesa y con la mayor reserva.*) ¡Cuánto he temblado por vos, miladi! ¿Pudísteis salir sin ser vista?

Duq. (*Del mismo modo.*) Sí... conde, sí.

Sid. (*Despues de otra pausa.*) ¡Cuánto he sufrido en estas dos horas!

Duq. (*Casi fuera de sí.*) ¡Y yo, Dios mio, y yo!

Sid. Si hubiera sido mas peligrosa la herida de Besford, no me hubierais vuelto á ver jamas.

Duq. Lo creo, señor conde.

Sid. Perdonadme si he venido hasta aqui para informarme de la verdad. Ahora que ya no corre riesgo alguno, que ya no tiemblo por nadie, me alejo sin quejarme, sin vacilar, y solo me llevo conmigo la memoria de este momento.

ESCENA V.

SIDNEY, UN CRIADO, LA DUQUESA.

Criado. Un hombre que no quiere decir quién es, desea hablar á mi señora la duquesa.

Duq. (*Con viveza.*) Que entre.

Sid. Me retiro. A Dios, miladi.

ESCENA VI.

SIDNEY, WILLIAMS, LA DUQUESA.

Sid. Williams, ¿eres tú?
Will. Vos aqui, señor conde. A lo menos podeis salvaros todavía. ¿Lo sabiais pues todo?
Sid. Sí; pero á mí es á quien debes entregar ya el depósito que te he confiado. Perdonad, miladi; es una carta inútil ya en este momento. Dámela.
Will. No está ya en mi poder, señor conde.
Sid. ¿Qué dices?
Will. Precisamente os suponia yo informado de esto. Una hora hace que una compañía de arcabuceros ha invadido vuestra casa. Os han buscado por todas partes. Han cogido todos vuestros papeles, todos; ahora paran en manos del lord canciller. Ni uno solo he podido salvar. Solo venia aqui á saber vuestro paradero.
Sid. ¡Todo se concluyó! En vano he pugnado por eludir mi destino.
Will. Pero señor conde:..
Sid. Déjame, sal; marcha, te digo.

ESCENA VII.

SIDNEY, LA DUQUESA. (*El reló marca las siete.*)

Duq. Conde, ¿qué carta es esa de que hablais?
Sid. (*Desesperado.*) ¿Esa carta? La escribí esta mañana antes de ir á ese desafio; era para vos.
Duq. ¿Para mí? ¿Y qué decia? ¡Dios mio!
Sid. Hablaba de mi amor, del vuestro; contenia confesiones que pueden perderos.
Duq. ¿Qué decís?
Sid. Todo está en poder del canciller, y dentro de poco estará en poder de tu marido.
Duq. ¡Ah! me matará, sí; yo tiemblo, tiemblo...
Sid. Silencio, ó eres perdida. Escucha; solo un partido te queda, huir.
Duq. Sí. ¿Cómo?
Sid. Juntos.

Duq. Jamas, milord.

Sid. Prepárate pues á morir aqui; pero conmigo.

Duq. ¡Ah! me estremeceis.

Sid. ¿Imaginas que yo consentiré en salvar mi vida mientras que esté la tuya en peligro? ¿Prefieres la muerte? ¡Bien! con un solo golpe nos herirá á los tres.

Duq. ¡Ah! Sidney. Me habeis perdido.

Sid. ¡Isabel! no gritos, no quejas hemos menester ahora. Oyeme. Yo voy á salir de aqui. Te esperaré en la puerta inmediata de la ciudad; una hora te basta para alcanzarme; no te faltará un pretesto. No es ya mi amor quien te habla, ni exijo por él tu fuga. No; tu tio el marques de Hamilton es gobernador de Porsmouth; te dejaré en sus brazos; él te protegerá; y yo, yo respetaré tu dolor, yo te daré el último á Dios.

Duq. Sí, yo imploraré su amparo, pero sola.

Sid. ¿Te atreverás? ¿Será tiempo ya? No; yo soy quien debe llevarte.

Duq. ¿Vos, Sidney? ¡Ah! ¿no soy yo ya bastante culpable? (*Se oyen los pasos de Besford.*)

Sid. Una palabra mas y somos perdidos.

ESCENA VIII.

LA DUQUESA, SIDNEY, BESFORD, *y despues* UN CRIADO.

Besf. Venid, amigo mio; todo está pronto. (*Señalando la puerta de la derecha.*) Este gabinete conduce por una escalera secreta al jardin de la casa, que está inmediato á la puerta de la ciudad. Un caballo os espera: dentro de algunos minutos estais fuera de Londres.

Sid. Permitidme que os tribute un millon de gracias, milord.

Besf. El canciller espera sin duda sorprenderos en Windsor, ó en vuestra casa; mientras que sus esbirros os buscan por acá, estais ya fuera de peligro.

Un criado desde el foro. La reina envia á llamar á mi señora la duquesa.

Besf. Está bien. (*El criado sale.*) Estará acaso con cui-

dado por cuanto pasa: teme que os prendan. Partid, los momentos son preciosos. (*Va á abrir la puerta del gabinete.*)

Sid. (*Al oido á la duquesa.*) Tomad ese pretesto. Alcanzadme en la puerta. Sino, vengo á buscaros dentro de una hora.

Besf. Vamos, amigo mio.

Sid. (*Saludando á la duquesa.*) A Dios, miladi. (*Bajo.*) Dentro de una hora, ó vuelvo aqui á entregarme.

Besf. Venid. (*Sale acompañando á Sidney.*)

ESCENA IX.

LA DUQUESA.

Por fin ya estoy sola. Puedo llorar libremente. ¡Tan feliz ayer! ¡Y hoy envilecida! ¿Cómo me atreveré á levantar los ojos delante de un hombre á quien se lo debo todo, á quien he engañado, y que dentro de poco me pedirá cuentas acaso de su honor, que me habia confiado? Paréceme á cada punto que oigo salir de sus labios esta terrible palabra: ¡infame...! ¡infame! Este nombre me persigue: aqui está... resonando siempre en mis oidos; yo le oigo de contínuo. ¡Oh! cuán terrible será pronunciado por él mismo. La venganza irá en pos de él. Y entonces será menester sangre... Dios mio, á vos encomiendo mi alma cuando lo sepa todo. Yo tiemblo; ya á cada instante puede descubrirse la verdad. ¡Ah! ¡qué horroroso suplicio!

ESCENA X.

LA DUQUESA, BESFORD.

Besf. Partió. Yo le he visto alejarse. Dentro de pocas horas estará lejos de nosotros, y en el camino que lleva no le será dificil encontrar un asilo entre sus numerosos amigos. (*Se sienta en el sillon que hay en el fondo á la derecha.*) Cuando el canciller sepa su fuga se dará á todos los diablos. ¡Oh! á lo menos por esta vez os hemos ahorrado, señor canciller, el trabajo de erigir otro cadalso; vuestra presa se os es-

capa. (*Mirando el reló.*) Al paso que llevaba ya debe haber salido de Londres; ya debe estar en campo raso. ¡Por san Jorge! Que le vayan enviando esbirros. Lleva un buen caballo. (*Levantándose.*) Ya estoy contento. Aunque hubiera sido mi mayor enemigo, hubiera hecho otro tanto; delante de la desgracia espira la venganza... ¿Qué teneis? ¡Qué pálida estais!

Duq. ¿Yo, milord? El cansancio del baile, las sensaciones contrarias de este dia...

Besf. Sí, verdad es; perdonadme. Pero parece que vuestra indisposicion se aumenta; temo que no tengais fuerzas para ir á palacio.

Duq. A palacio; sí... la reina me ha llamado.

Besf. Estoy seguro de que está deseando veros y preguntaros. Su causa era la de Sidney, y la inquietud que esperimenta es muy natural. Desearia muy de veras que vuestra presencia la tranquilizase.

Duq. (No puedo sufrir mas.) -- (*Alto.*) Permitidme, milord, que en este momento...

ESCENA XI.

LA DUQUESA, UN CRIADO *en el fondo*, BESFORD.

Criado. El capitan de las guardias de su excelencia.

Duq. (¡Ah! ¡Es mi muerte!)

Besf. Ya era tiempo. Sosegaos; ya no hay riesgo. Que entre. (*El criado sale.*)

Duq. (¡Soy perdida, perdida!) (*Toca la campanilla; un criado se presenta por la izquierda.*)

Besf. ¿Qué es?

Duq. (*Turbada.*) ¿No me habeis dicho que la reina me esperaba, y que debia ir á palacio? Pues bien, milord, voy á ir, voy.

Besf. (*Mirándola.*) Cierto; os lo he suplicado...

Duq. Por eso, ya veis... que... me apresuro... (*Al criado.*) ¿Está pronto mi carruaje?

Criado. Está á las órdenes de la señora duquesa.

Duq. Ya bajo.

Besf. (*Clavando los ojos en ella.*) Parecia que estabais tan poco dispuesta á salir...

Duq. (*Con timidez.*) Me quedaré si me lo mandais.

Besf. (*Despues de una pausa.*) No, no; partid. (*Sale por un lado. Besford la sigue con la vista largo rato.*)

ESCENA XII.

BESFORD, DRYDEN.

Dry. Su excelencia me envia, milord duque, para tranquilizaros acerca de los sucesos de ayer. El rey habia firmado vuestro perdon, y acaba de confirmarlo.

Besf. Esta es una visita que debe sorprenderme; el lord canciller no me ha acostumbrado á todas estas atenciones.

Dry. Tengo el encargo de prometeros por su parte un completo olvido de lo pasado; y se atreve á contar al mismo tiempo con la generosidad del señor duque.

Besf. ¡Pardiez! Sir Dryden, el canciller no emplearia mas garantías para ganarse el ánimo de una muger bonita.

Dry. Esas galanterías pueden probaros, milord, en cuánto precia su excelencia vuestra amistad. Bien sabe que érais enteramente adicto al conde de Varwik; pero os conoce demasiado para sospechar siquiera que hayais podido tener parte en sus pérfidos proyectos.

Besf. ¡Oh! A mis ojos no es tan criminal. Pero hablemos sin rebozo, sir Dryden; el canciller me halaga, me brinda con una reconciliacion, no ha podido dar sin duda con el asilo del conde, y cree que yo se le descubriré. Pues bien, sir Dryden, decidle de mi parte que ignoro cuál sea su asilo, y si cree que está aqui, añadidle que os he dado facultades para que le busqueis por todas partes.

Dry. Vuestra palabra basta, milord. No me falta mas que entregaros este paquete que se ha encontrado en casa del conde. Su excelencia dice que no interesándole al Estado esos papeles, deben seros devueltos á vos ó á la duquesa.

Besf. ¿Con qué objeto? ¿Y por qué razon? En casa del conde no podia existir ningun papel que tenga relacion alguna con nosotros.

Dry. Solo su excelencia ha abierto ese paquete. Yo no

hago mas que repetir sus palabras. Tomaos la molestia de leer, milord; yo esperaré. (*Sale.*)

Besf. (*Abriendo la carta.*) Yo... en verdad... no comprendo este misterio. (*Lee.*) "Viernes, á las cuatro de la madrugada. Por fin, me amais, y yo lo sé. Salió por fin de vuestros labios ese *sí* que tanto tiempo he deseado, y que no me atrevia á esperar. ¡Ah! envidie, envidie mi fortuna el que no posee mas que vuestra mano: yo poseo mas; yo soy amado. (*Pausa.*) ¿Os volveré á ver? ¡Oh! sí; soy demasiado feliz para morir ahora." (*Interrumpiéndose.*) ¿Y qué? esta carta... ¿qué interes puede tener para mí? Ignoro completamente... (*Prosiguiendo.*) "Hé aqui vuestro retrato; no hace mucho que adornaba todavía vuestro brazalete; le habeis desprendido para dármele. (*Pausa.*) ¿Habré de separarme tan pronto de él? No: no será preciso devolvérosle; le encontraré aqui á á mi vuelta, y podré llenarle de besos, como lo hago en este instante. Hasta mañana, pues, hasta mañana: lo espero." Y luego... aqui... el retrato... (*Abre la caja.*) ¡El suyo...! ¡Ah! (*Cae abrumado en un sillon.*) ¡Es el suyo! ¡Ella...! ¡era ella...! ¡esta noche...! ¡Oh! ¡quién me diera matarla! ¡Vamos...! esta carta, este retrato... aqui. (*Lo pone en su bolsillo.*) ¿Quejas... lágrimas? No; ¡sangre, sangre! (*Se levanta y se pasea con la mayor agitacion.*) ¡Y estaba alli ella! ¡me oía! ¡Cielos! ¡esto es increible! ¡Vergüenza, oprobio sobre mí que les servia de juguete y que no los asesiné! (*Viendo á Dryden, que ha vuelto á entrar por el foro.*) ¿Qué aguardais?

Dry. Una respuesta, milord.

Besf. ¿Y qué respuesta? No está aqui; ya os lo he dicho: no está. (*Para sí.*) ¡Solo es á ella á quien tengo entre mis manos! ¡Solo á ella! (*Despues de un momento en que recapacita.*) ¡Acaba de salir...! ¡qué sospecha...! Su prisa, su turbacion... ¡Santo Dios...! ¡Con él... era con él... él la esperaba! (*Corre hácia la vidriera que da al patio; la duquesa aparece en el fondo en aquel mismo instante.*)

ESCENA XIII.

BESFORD, LA DUQUESA, DRYDEN.

Duq. (*A Dryden.*) ¿Se me impide la salida de orden vuestra, caballero?

Dry. Perdonadme, miladi; he debido ceñirme á mis instrucciones; no os hallabais espresamente esceptuada en esta medida general; nadie debia salir. Ahora que he desempeñado mi comision, me apresuro á dejaros en libertad.

Duq. Yo sabré quejarme á la reina, sir Dryden. Es imposible que esa prohibicion se entendiese con una muger. El canciller abusa de su autoridad. *Da un paso para salir, pero Besford la detiene con una seña.*)

Besf. (*Sin apartar la vista de la duquesa.*) En efecto: eso es llevar al estremo las precauciones. (*A Dryden.*) Sir Dryden, tened la bondad de llevar mi respuesta á su excelencia, y aseguradle que el conde de Varwik no está escondido en mi casa. Si su prision importa al bien del Estado, pueden perseguirle por todos los caminos.

Duq. (*Bajo.*) ¿Cómo? Milord...

Besf. (*Id.*) Os olvidais de que les lleva media hora de ventaja.

Duq. (¡Media hora...! ¡ya!)

Besf. Y por otra parte, eso es cuenta del canciller.

Dry. (*Saludando.*) Vuestras palabras, milord, serán fielmente repetidas á su excelencia.

ESCENA XIV.

LA DUQUESA, BESFORD. (*Estan junto á la mesa.*)

Besf. Soy mas feliz de lo que pensaba. Os creía ya lejos de aqui, miladi.

Duq. Sí, la reina me espera.

Besf. La reina esperará. Precisamente podeis darle una escelente disculpa; no me habia á mí ocurrido; esta misma herida que he recibido por el conde de Varwik... Su magestad no podrá estrañar que os hayais quedado conmigo. Luego... os aseguro que estoy triste... padezco mucho; necesito alguna persona á mi

lado, pero que me ame, (*Desprendiendo los adornos de la duquesa y arrojándolos en un sillon.*) y vos misma no querriais probablemente dejarme solo en este estado. (*Llama.*) Os conozco; vuestro corazon se rebelaria contra semejante accion. (*Al criado.*) Que desenganchen los caballos; la señora no sale ya. (*El criado sale; Besford se sienta.*) ¡Ah! gran necesidad tenia de veros; ahora estoy mas contento; sentaos aqui... sentaos, sino, me obligareis á estar en pie y me fatigo mucho. (*La hace sentar.*) Ya mirais el reló: contemplais con pena el tiempo que habeis de pasar aqui.

Duq. ¡Ah! milord.

Besf. Estais conmigo como estariais con un marido caviloso y celoso que tomase por diversion el oponerse á vuestros placeres. Sin embargo, ¿habeis podido hacerme nunca semejante reconvencion? ¿No os he dado siempre la mayor libertad?

Duq. Milord, ¿por qué me hablais en esos términos?

Besf. (*Apoyándose en la mesa.*) La confianza que en vos he tenido ha sido siempre tan grande, y la he manifestado de una manera tan clara, que en el dia sería en vos menos crueldad matarme que engañarme. ¿Qué es en verdad la muerte al lado del desprecio? Hé aqui, sin embargo, todo lo que podria esperar yo, si fuese engañado... el desprecio; hé aqui el premio que han conseguido otros en pago de sus atenciones. ¡Oh! ¿Cómo no previene y evita esta idea el adulterio? Hay en eso motivo suficiente para contener á la muger mas imprudente. ¡Entregar al ludibrio de los demas á un hombre cuyo apellido llevais, y que os ha prodigado veneracion y amor! Creis por ventura que despues de todo eso baste con decirle *matadme y todo se acabó*? No; su venganza le satisface solo á él; pero, ¿y ese oprobio con que habeis marcado su nombre? ese oprobio... subsiste siempre alli, siempre, y toda vuestra sangre no bastaria para borrarle.

Duq. Me asustais, milord.

Besf. ¿Y por qué? yo creo en vuestra virtud y en el respeto que profesais á vuestros deberes, asi como creo en la amistad.

Duq. ¡Milor! ¡sangre! ¿no lo veis? Corre sangre de vuestra herida.

Besf. ¡Ah! con mas abundancia corria esta mañana cuando me batía por él, cuando le sacrificaba mi existencia. ¡Si hubierais visto vos con cuánto placer hacia yo ese sacrificio! ¡Oh! eso os hubiera conmovido acaso, porque yo era noble y grande en todo, os lo juro, y creo todos los corazones tan puros como el mio.

Duq. (¡Infelice!)

Besf. ¿Podrá pagarme jamas lo que hice por él? ¿Y me lo podrá pagar ahora, ahora que no está aqui? (*Dan las ocho.*)

Duq. (*Volviéndose hácia el gabinete con un movimiento de espanto.*) ¡Ah!

Besf. (*Abalanzándose al gabinete.*) ¿Cómo? ¿En ese gabinete? ¡Nadie! os habiais equivocado, no hay nadie. (*Vuelve á sentarse, y desde este punto no se apartan sus ojos de la puerta del gabinete.*) Bien os decia yo: ¡contais los minutos á mi lado! Verdad es que hay ocasiones en que cada minuto arrebata consigo una esperanza y nos trae un temor; la misma hora mide para uno la alegría, y para otro el terror y el remordimiento. Vuestro rostro empalidece á medida que el mio se anima. Estoy contento ahora, yo que hace poco estaba tan triste y tan atormentado, porque me habeis reservado una especie de felicidad... y esta felicidad yo la gozaré completamente. Paréceme un delirio, una alegría celestial, superior á las fuerzas del hombre. ¿Vos no la comprendeis? (*Asiéndola del brazo y sacudiéndola violentamente.*) ¡Responded, Isabel, responded! No decís una palabra ahora.

Duq. Yo fallezco, milord, ¿no lo veis? yo fallezco.

Besf. (*Levantándose al mismo tiempo que cae la duquesa á sus pies.*) No nos soltemos las manos; clavemos nuestros ojos sobre la misma puerta, porque entrambos esperamos.

Duq. ¡Piedad! ¡piedad!

Besf. (*Señalando á la puerta y volviéndose á sentar.*) ¡Por ahí, por ahí debe venir! Nadie llega todavía. ¿No os parece, como á mí, que á cada instante le vamos á

ver? ¿No se os figura al menor ruido que vuestro corazon va á hacerse pedazos para salir de vuestro pecho? Si esto hubiese de durar mucho moririamos aqui los dos. Pero... acaso no nos falte mas que un minuto ya. ¿Quién sabe? Tal vez un segundo... un segundo. (*Se abre la puerta y parece Sidney.*) ¡Ah! ¡él es! (*Besford se arroja sobre sus pistolas. La duquesa permanece de rodillas casi inmóvil.*)

ESCENA XV.

LA DUQUESA, BESFORD, SIDNEY, y *despues* UN CRIADO.

Besf. ¿Que os trae aqui de nuevo, señor conde?

Sid. Nada. El hastío de la vida, el deseo de librarme de ella.

Besf. Sin duda no lo habeis meditado bastante... la muerte os espera aqui; y ya os será imposible evitarla. (*Un criado se precipita á la puerta del foro.*)

Criado. ¡Señor duque! La casa está rodeada.

Besf. (*Sentándose.*) Ya lo veis, conde; ya es tiempo que encomendeis vuestra alma á Dios.

Sid. Voy á llevarles mi cabeza.

Besf. (*Lanzándose á él.*) ¡No á ellos!

Criado. Ya entran, señor; ya están aqui.

Besf. Detenedlos un instante. (*El criado sale. A Sidney señalándole el gabinete y poniéndole una pistola en la mano.*) Nosotros, por aqui. Tomad, conde.

Sid. No; dejadme.

Besf. (*Asiéndole de la garganta.*) Por alli os digo. ¡Oh! ¡no os escapareis! (*Le arrastra hácia el gabinete. A la duquesa, que se ha arrojado á sus plantas, rechazándola.*) Rezad por su alma, miladi.

Duq. ¡Ah! ¡milord! (*Se oye cerrar la puerta por dentro.*) ¡Por piedad! ¡por piedad! ¡matadme á mí tambien! (*Se esfuerza á abrir la puerta con sus uñas.*) Nada; no hay nada con que abrir esta puerta... ¡Oh desesperacion...! La abriré, la abriré. (*Se oyen gritos afuera de* Aqui está.) La llave, la tengo... sí...

ESCENA XVI.

LA DUQUESA, DRYDEN, SOLDADOS *y* CRIADOS *que entran confusamente.*

Soldados. ¡Aqui está!

Dry. Sacadle. (*Se oyen dos pistoletazos en el gabinete.*) De ahí han salido los tiros. Por mas que se defienda no se nos puede escapar. Conmigo todos.

ESCENA XVII.

LA DUQUESA, DRYDEN, BESFORD. (*Saliendo del gabinete.*) SOLDADOS *y* CRIADOS.

Besf. ¿Qué quereis?

Dry. (*Con energía.*) El conde de Varwik.

Besf. (*Con frialdad.*) Se acaba de matar por librarse de vos. (*Dryden y dos soldados entran en el gabinete; los demas se dirigen hácia aquel lado, asi como los criados. Al mismo tiempo que estan clavadas en la puerta las miradas de todos, Besford se acerca á la duquesa.*)

Duq. (*Viendo la sangre de que está salpicado Besford y cayendo á sus pies.*) ¡Ah! ¡milord!

Besf. (*Arrojándole la carta y el retrato.*) Para vos los remordimientos y una eterna separacion. (*Dryden y los soldados salen del gabinete. Cuadro final. Cae el telon.*)

FIN DEL DRAMA.

Se hallará en Madrid en las librerias de Escamilla, *calle de Carretas, y de* Cuesta, *frente á las Covachuelas.*

Se hallará en Madrid en las librerías de Bernabillas, calle de Carretas, y de Gaspar y Roig á las Cortes.

Esta Galería, fundada en 1830, comprende más de 700 producciones nacionales y extranjeras, y las obras siguientes:

	Reales.
Fígaro (D. Mariano J. de Larra): 4 tomos en 8.° con su retrato y biografía	80
Alvarez.—Derecho real: 2 tomos	30
Rossi.—Derecho penal: tercera edicion en un tomo	36
Arago.—Astronomía: 1 tomo	10
Poesías de **D. José Zorrilla**: 2 tomos	40
— de **D. José Espronceda**: 1 tomo	12
— de **D. Tomás Rodriguez Rubí**: 1 tomo	8
— de **D. Juan Eugenio Hartzenbusch**: 1 tomo	16
Arte de declamacion: por D. Cárlos Latorre	2
Memorias del príncipe de la Paz: 6 tomos	60

Y otras que figuran en los Catálogos

PUNTOS DE VENTA

En Madrid, en las librerías de los Sres. Hijos de D. José Cuesta, D. Antonio San Martin, D. Fernando Fe y D. Hermenegildo Valeriano.

En Provincias, en las principales librerías, donde se facilitan Catálogos.

Madrid.—Estab. tip. de E. Cuesta, á cargo de J. Giraldez, Cava-alta, 5